

The Man Falling from the Tower

A poem by Eduardo Vázquez Martín



After the attacks in New York, young Mexican poet Eduardo Vázquez Martín wrote a poem not originally intended for publication. A friend of his sent him an e-mail with a few fragments of poetry about the turmoil everyone was experiencing, and Eduardo responded with his own poem, which was sent out to the entire mailing list his friend had originally targeted. Several messages later, Eduardo's poem was eventually read on the radio, and he gave his permission for it to be published in English and Spanish here to pay homage in verse to the fallen.

EL QUE CAE DE LA TORRE

El que cae
tuvo la opción de morir por fuego
o volar hacia la muerte
y sentir, una vez más, la fresca brisa del río Hudson
antes de perderse para siempre en el olvido.

He visto celebrar a los niños del Oriente,
he visto la sonrisa en muchos labios limpios,
he mirado reírse mi dentadura de caníbal
en el espejo de los otros
y sé que al hombre que se precipita
no lo redime la pedagogía del mundo.

He salido a festejar en Palestina,
he rezado con lágrimas secas de espanto,
he llorado en un jardín de mi ciudad
por las calles de Manhattan cubiertas de ceniza,
me senté a leer el Corán en una plaza de Bagdad
y tal como me lo ordenó el capitán del avión
me abroché el cinturón de seguridad
para morir en el lugar que me asignaron.

Antes vi el palacio de la Moneda
herido otro 11 de septiembre:
ahí murió el doctor Allende.
seguramente moriré en Kabul mañana
por aquello del diente por diente
y el ojo por ojo.
no importa de quién sea la boca o la mirada.

Por lo pronto soy la cifra negativa en el cierre de la bolsa
y la multiplicación de las gotas de sangre
en los versos mutilados del *Poeta en Nueva York*:

*Los muertos están embebidos, devorando
sus propias manos.*

Son los otros los que bailan...

Los borrachos de plata, los hombres fríos...

Los que creen en las llamas duras...

Los que beben en el banco lágrimas de niña muerta...

carne incinerada en el ritual del sacrificio
que nadie encontrará en los escombros.

No puedo tomar café en el café de siempre,
ni oír a mi hija decirme gato,
porque voy cayendo
desde un brazo del imperio donde vivo
y a quien se le reveló la luz santa de la guerra
no le importó que yo hubiese preferido que hoy no pasara
nada,

nada que provocase la incontenible verborrea
de las noticias,
ni la inspiración coránica de los pilotos suicidas,
ni la reacción pavloviana de los televidentes mansos
que piden ardan todavía más, en cualquier parte
del mundo,
para consolar la impotencia que los tiene sentados ahí.

No entendí lo que dijeron —mi lengua es extranjera,
y los que siguen a su Dios no hablan otra que no sea
la suya—,
pero lo que yo digo es que soy un hombre que se levantó
temprano,
cumplió con los hábitos que la mañana exige,
llegó a trabajar donde trabaja
y entre morir por fuego en el horno de la oficina
y saltar, mejor salí volando:

Las palomas del puerto viajan conmigo.

